

preferidas: el asesinato de campesinos indefensos, la quema y destrucción de sus casas, el saqueo indiscriminado de sus bienes. También aquí en Las Mercedes, en realidad ocurrió que los crímenes y abusos de que nos acusaban fueron cometidos por ellos mismos.

Siguiendo una norma de conducta criminal a la que ya nos tenían acostumbrados, y buscando quizás justificar sus cifras fabulosas de bajas rebeldes causadas en combate, los guardias enemigos se dieron a la tarea de calmar su frustración y su sed de sangre comenzando una cadena de asesinatos entre la población de la zona. Un caso sirve de ejemplo, denunciado también por Radio Rebelde sobre la base de informaciones suministradas por Horacio Rodríguez, quien se mantuvo todo este tiempo enviando constantes noticias:

Al muchacho que mataron en Calambrosio le cortaron sus partes, después le pegaron 4 tiros en el pecho, y lo llevaron luego al puente de Jibacoa, lo atravesaron en el puente y le pusieron tres lajas arriba. Se llamaba Telmo Rodríguez. Lo acusaban de colaborar con los rebeldes.

La víctima de este crimen, cuyo nombre completo real era Telmo Márquez González, había permanecido un tiempo con la tropa de Angelito Verdecia. Estaba en su casa en Calambrosio, de permiso, cuando fue sorprendido por los guardias. Fue llevado herido, pero vivo todavía, a Jibacoa, donde lo torturaron, efectivamente, en la forma que se indica en el parte de Radio Rebelde, y luego lo asesinaron. Pero este no fue el único crimen cometido por esos días, ni el único momento en que el Ejército se comportó de manera bestial en esa zona, ni fue este tampoco el único lugar de la Sierra en el que los guardias hicieron tales barbaridades.

Salvo estas acciones criminales, el único incidente notable que ocurrió en los días inmediatamente posteriores a la entrada de los guardias en Las Mercedes, fue la voladura de un *jeep* enemigo, cerca del Cerro, en la mañana del día 27, por una mina colocada por personal rebelde, que provocó al menos cinco bajas, de ellas tal vez hasta cuatro muertos, incluido un oficial.

La respuesta de los guardias fue seguir asesinando campesinos y quemando casas. Casi todas las viviendas a lo largo del camino entre el Cerro y Las Mercedes fueron reducidas a cenizas, así como todas las de La Herradura, y algunas dentro del propio caserío de Las Mercedes.

Desde el mismo día de la ocupación de Las Mercedes, dediqué buena parte de mi atención a instruir a los jefes posicionados en la segunda línea de defensa, detrás del caserío, acerca de las medidas que debían ir tomando para proteger las dos direcciones principales del posible avance enemigo desde su base adelantada hacia el interior del territorio rebelde. Esas dos direcciones eran las de Vegas de Jibacoa y San Lorenzo, es decir, el camino que salía desde Las Mercedes hacia Las Caobas, La Güira, Los Isleños, El Mango y las Vegas, y el que tomaba en dirección a Gabiro, La Esmajagua y San Lorenzo. La primera de estas direcciones, como ya dije, estaba custodiada por unos 20 combatientes en total, al mando de Horacio Rodríguez, distribuidos desde el alto de Las Caobas hasta el de Los Isleños, incluida una escuadra dirigida por Marcos Borrero que cuidaba el camino de Arroyón por la zona del alto de La Güira. Para reforzar aún más esta línea, en la noche del 28, envié para allá a Andrés Cuevas con su pequeño, pero disciplinado y aguerrido grupo de combatientes, quienes se posicionaron también en la zona del alto de Las Caobas. La segunda dirección era la que vigilaba desde el alto de El Moro el pelotón a cargo de Raúl Castro Mercader, reforzado ahora con algunos de los hombres de Angelito Verdecia.

De estas dos posiciones, me preocupaba más la del camino de las Vegas, a pesar de que en ese momento no era la vía que yo consideraba con más probabilidad de ser tomada por el enemigo en su ulterior penetración al territorio rebelde desde esta dirección. Sin embargo, era la que más se prestaba, por sus condiciones topográficas, a la posibilidad de un avance desplegado y, por tanto, a la necesidad de una mayor dispersión de las escasísimas fuerzas con que contábamos en ese frente. Por otra parte, si bien no tenía hasta ese momento razón alguna para dudar de la capacidad combativa de Horacio Rodríguez, lo cierto era que Horacio no contaba con una gran experiencia. No obstante, había decidido dejarlo allí para no tener que realizar movimientos de personal en una situación tan comprometida como aquella, en la que

el enemigo podía lanzar un ataque en cualquier momento.

En el caso de Horacio, pues, puse particular empeño en instruirlo detalladamente. El mismo día de la ocupación definitiva de Las Mercedes por el enemigo, junto con un detonador y un poco de cable que le mandé para una mina, le cursé indicaciones precisas para que procurara que sus soldados construyeran trincheras hondas y bien dispuestas en los tres puntos más estratégicos de la línea defensiva de esa zona, a saber, el alto de Las Caobas, la salida del camino de Arroyón y el alto de Los Isleños, en la retaguardia de las posiciones rebeldes. En ese mismo mensaje le recomendaba que organizara la cocina en alguna casa campesina detrás de sus líneas, pues era importante para él garantizar que su personal pudiera comer caliente durante los días que tuvieran que permanecer allí.

Otra de mis constantes recomendaciones a todos los jefes de pelotones y escuadras era el ahorro del parque. Ya el día que bajé hasta cerca de Las Mercedes, muy próximo al escenario del primer combate de la ofensiva enemiga, me di cuenta de que algunos de nuestros compañeros no tenían un sentido claro de la imperiosa necesidad de no gastar balas innecesariamente. El desperdicio del parque, de esas balas que tanto esfuerzo y sacrificio costaba conseguir, era una de las cosas que más me indignaba y que más duramente combatí durante toda la guerra. Al pobre Horacio, que realmente no había demostrado ser de los principales responsables del derroche de parque, le tocó recibir por estos días la siguiente respuesta mía a un pedido de orientación:

La orden más importante que tengo que darte es la de ahorrar balas a toda costa.

Peor enemigo que el Ejército, hoy por hoy, son los estúpidos que tiran balas por gusto.

En cuanto a la otra dirección —la de San Lorenzo—, en la noche del 27 de mayo, o sea, al día siguiente de la ocupación definitiva de Las Mercedes por el enemigo, decidí trasladar más atrás la posición de Raúl Castro Mercader en el alto de El Moro. La presencia de los guardias en el caserío de Las Mercedes y su dominio del camino hacia Bajo Largo y La Montería, creaban una fuerte amenaza a las fuerzas del alto de El Moro que pudieran ser flanqueadas. Por otra parte, la posición estaba delatada y, por su proximidad a las líneas enemigas en Las Mercedes, era de suponer que los guardias tratarían de desalojarla o liquidarla con fuego de artillería o morteros. Era preferible, por tanto, retirar la posición para un punto conveniente sobre el mismo camino de San Lorenzo, y preparar allí una buena línea defensiva. Este punto resultó ser la falda de la loma de El Gurugú, a unos dos kilómetros de Las Mercedes, y hacia allí dispuse la retirada del pelotón de Castro Mercader.

En la tarde del día 28, en efecto, los guardias iniciaron el bombardeo con morteros al alto de El Moro, y poco después avanzaron hasta ocupar el lugar. Tomada la posición sin encontrar resistencia rebelde, la primera medida del mando del batallón enemigo fue quemar las tres casas que existían en el alto.

Junto con estas órdenes acerca de las dos direcciones principales del posible avance enemigo, el día 28 decidí también reforzar un tercer camino que subía desde Las Mercedes por Purgatorio hasta Minas de Frío. Esta posición era de importancia relativamente secundaria, pues a los guardias no les sería fácil tomar por ese sendero mientras se mantuviesen las posiciones rebeldes sobre el camino de San Lorenzo, y aun, en caso de que se retirasen, el avance en dirección a este último punto tendría más racionalidad. No obstante, el enemigo podía intentar una infiltración sorpresiva por esta vía, o una maniobra de diversión o de flaqueo de una de nuestras posiciones principales. De ahí que, como le escribí al teniente Laferté en el mensaje que le envié ese mismo día para indicarle que escogiera del personal de la escuela de reclutas varios hombres y un jefe para este grupo, no quería “dejar de tomar una precaución mínima”.

Para que se tenga una idea aproximada de la escasa capacidad de nuestras reservas en hombres y armas en ese momento, basta decir que a esa posición asigné la suma total de cuatro hombres: dos sacados de la escuadra de Cuevas, con sus fusiles, y los otros dos de la escuela de reclutas, que habilité con un fusil 30.06 con el cañón cortado que se había quedado en uno de nuestros campamentos en la Maestra, un fusil que se armó con piezas de un Springfield defectuoso y otro rifle tirado por ahí. Sobre tan magra tropita le informé al Che con característico optimismo: “Así por lo menos podrán resistir allí con buenas trincheras mientras mandemos refuerzos”.

Otra ventaja que tenía dominar esta tercera vía era la

posibilidad de utilizarla ofensivamente para penetrar por ahí en la retaguardia del enemigo, una vez que iniciara el avance hacia San Lorenzo. Convencido como estaba de que esa sería una de las rutas probables de los guardias, insistí durante todos estos días en la necesidad de fortificarla debidamente, para lo cual, incluso, le propuse al Che enviar a 40 ó 50 reclutas de Minas de Frío a trabajar en el mejoramiento de las fortificaciones en esa dirección.

A Horacio también le insistí reiteradamente en lo mismo durante todos estos días. El 1ro. de junio, por ejemplo, le escribí en uno de mis mensajes: “No dejes de hacer hoyos cada cincuenta metros más o menos, por la ruta de retirada, para que se protejan de los aviones. ¡Mucho hueco y mucha fortificación!”.

Ya Horacio me había ratificado dos días antes que estaba tomando las medidas necesarias en el camino hacia las Vegas para impedir el paso de las tanquetas y los camiones enemigos.

Hay que tener en cuenta, además, que yo estaba esperando la llegada inminente de un lote de armas que debía arribar por la pista aérea de Manacas, nuestro punto Alfa, según las claves usadas en las comunicaciones con el extranjero a través de Radio Rebelde. Ese vuelo llegó, efectivamente, el 29 de mayo, procedente de Miami. Fue la única otra ocasión que tuvimos para utilizar la pista de Manacas. Piloteaba la avioneta Pedro Luis Díaz Lanz, y al frente de la expedición venía el periodista Carlos Franqui, quien se quedó con nosotros cuando el aparato volvió a despegar ese mismo día hacia Jamaica.

A la altura del día 29, por tanto, el sector noroeste del frente rebelde estaba cubierto por las fuerzas de Horacio Rodríguez y Raúl Castro Mercader en los dos accesos principales hacia la Maestra desde Las Mercedes, con sus respectivos refuerzos, y por una pequeña escuadra en el acceso secundario del camino de Purgatorio. Más al Oeste, el Che había redistribuido las fuerzas disponibles, pertenecientes casi todas a la Columna 7 de Crescencio Pérez, de la siguiente manera: un pelotón de 29 hombres con nueve armas, al mando de César Suárez, dividido entre Cienaguilla y Aguacate, en una dirección que pudiera ser utilizada por el enemigo para tratar de alcanzar La Habanita por la vía de Los Ranchos de Guá; otro grupo de 27 combatientes, con 8 ó 10 armas, al mando de Mongo Marrero y Angelito Frías, en El Porvenir, cubriendo una vía alternativa de acceso a la propia La Habanita a través de Aguacate y Pozo Azul. Este grupo tendría también la misión de resistir a lo largo del camino de Pozo Azul para defender las instalaciones del hospital rebelde, ubicado allí por el doctor René Vallejo. En la zona de Cupeyal y Puercas Gordas había otras escuadras que debían, en caso necesario, retirarse hacia La Habanita por la vía de Tío Luque, mientras que el acceso por El Jibaro hacia La Montería estaba cubierto por la pequeña tropa, cuyo mando había sido confiado a Alfonso Zayas. Un poco más abajo, en dirección a Purial de Jibacoa, ocupaba posiciones la escuadra de Ramón Fiallo.

En la noche del 29 de mayo, una mina colocada cerca de Estrada Palma por personal de la escuadra de Eddy Suñol, quien, como se recordará, estaba en ese momento posicionado a la entrada de Providencia, en el sector nordeste del frente, estalló en el lugar conocido por La Cantera, y reventó a un camión lleno de guardias. Suñol informó que la explosión había causado ocho muertos, entre ellos un oficial, y 10 heridos. Aunque estas cifras hayan sido exageradas, el efecto de estas minas rebeldes empezaba a hacerse sentir de manera significativa en las filas enemigas.

Aparte de la mina de La Cantera, en los días finales de mayo no ocurrieron incidentes importantes en todo este sector. Llovió fuertemente durante esos días. El enemigo fortificaba sus posiciones en Las Mercedes y los alrededores más cercanos del caserío y, ofensivamente, se limitaba a disparar morteros a rumbo hacia donde presumía que estaban las posiciones rebeldes, y realizaba algunas exploraciones cerca del perímetro de su campamento. En una de ellas, una patrulla de guardias a caballo pasaba a pocos metros de las posiciones de la escuadra de Marcos Borrero en el alto de La Güira, y el jefe rebelde, inexplicablemente, ordenó a sus hombres no disparar y dejó pasar la oportunidad de ocasionar algunas bajas al enemigo.

Informado de este hecho, ordené el día 1ro. de junio la sustitución de Marcos Borrero en el mando de ese grupo, y designé primero al capitán Fernando Basante, y luego al combatiente Aeropagito Montero, quien fue ascendido a teniente. Aproveché